

# ECUADOR **Debate**<sup>99</sup>

Quito/Ecuador/Diciembre 2016

## **Etnografías: imágenes, materialidades y métodos**

El eclipse de la revolución ciudadana  
ante las elecciones de 2017

Conflictividad socio política:  
Julio-Octubre 2016

El método Lombardi:  
conceptualismo, dibujo y el oficio  
de la antropología visual

Por una “iconología” de la memoria  
y su aplicación al trabajo etnográfico

El “desborde popular” del arte en el  
Perú

Etnografía en fragmentos:  
escombros, ruinas y ausencias en el  
valle de Armero

Entre el Amor y el Odio. Reflexiones  
en torno al trabajo de campo con  
soldados profesionales del Ejército  
colombiano

Sobre la reforma agraria en  
Ecuador, 1948-1973

La aleación inestable. Origen y  
consolidación de un Estado  
transformista Ecuador,  
1920 – 1960

Por la chacra: migrando desde  
Azú a Nueva York

# ECUADOR **Debate**

## **CONSEJO EDITORIAL**

José Sánchez-Parga (+), Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira, Simón Espinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga(+), Fredy Rivera Vélez, Marco Romero.

**Director:** Francisco Rhon Dávila. Director Ejecutivo del CAAP  
**Primer Director:** José Sánchez Parga. 1982-1991  
**Editor:** Hernán Ibarra Crespo  
**Asistente General:** Margarita Guachamín

## **REVISTA ESPECIALIZADA EN CIENCIAS SOCIALES**

Publicación periódica que aparece tres veces al año. Los artículos y estudios impresos son canalizados a través de la Dirección y de los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones, comentarios y análisis expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

© **ECUADOR DEBATE. CENTRO ANDINO DE ACCION POPULAR**

Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.

## **SUSCRIPCIONES**

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$, 51

ECUADOR: US\$, 21

EJEMPLAR SUELTO EXTERIOR: US\$, 17

EJEMPLAR SUELTO ECUADOR: US\$, 7

## **ECUADOR DEBATE**

Apartado Aéreo 17-15-173B, Quito-Ecuador

Telf: 2522763 . Fax: (5932) 2568452

E-mail: caaporg.ec@uio.satnet.net

Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.

## **PORTADA**

Gisela Calderón/Magenta

## **ARMADO E IMPRESIÓN**

Edwin Navarrete, Taller de Diseño Gráfico

ISSN: 2528-7761

ISBN número 99: 978-9942-963-33-8



# ECUADOR DEBATE 99

---

Quito-Ecuador • Diciembre 2016

## PRESENTACIÓN / 3

### COYUNTURA

- El eclipse de la revolución ciudadana ante las elecciones de 2017 / 7-14  
*Hernán Ibarra*
- Conflictividad socio política: Julio-Octubre 2016 / 15-18

### TEMA CENTRAL

- El método Lombardi: conceptualismo, dibujo y el oficio de la antropología visual / 19-41  
*Xavier Andrade*
- Por una “iconología” de la memoria y su aplicación al trabajo etnográfico / 43-58  
*María Fernanda Troya*
- El “desborde popular” del arte en el Perú / 59-78  
*Mijail Mitrovic Pease*
- Etnografía en fragmentos: escombros, ruinas y ausencias en el valle de Armero / 79-101  
*Lorenzo Granada*
- Entre el Amor y el Odio. Reflexiones en torno al trabajo de campo con soldados profesionales del Ejército colombiano / 103-117  
*Mabel Carmona Lozano*

### DEBATE AGRARIO-RURAL

- Sobre la reforma agraria en Ecuador, 1948-1973 / 119-140  
*Germán Carrillo García*

### ANALISIS

- La aleación inestable.  
Origen y consolidación de un Estado transformista / 141-169  
Ecuador, 1920-1960  
*Pablo Ospina Peralta*

- Por la chacra': migrando desde Azuay a Nueva York / 171-186  
*Alberto García Sánchez*

## **RESEÑAS**

- El paraíso en venta.  
Desarrollo, etnicidad y ambientalismo en la frontera sur del Yasuní (Amazonia ecuatoriana) / 187-190
- Alternativas Virtuales vs. Cambios Reales.  
Derechos de la Naturaleza, Buen Vivir, Economía Solidaria / 191-192
- Acumulación de activos: Una apuesta por la equidad / 193-194

# Entre el Amor y el Odio. Reflexiones en torno al trabajo de campo con soldados profesionales del Ejército colombiano

Mabel Carmona Lozano

*Este ensayo, situado desde la antropología reflexiva y el papel de las emociones en el quehacer etnográfico, en primer lugar, presenta brevemente mi experiencia como hija de dos oficiales de la Policía Nacional de Colombia y expongo algunas fotografías que forman parte de mis propios álbumes familiares, los mismos que son interpelados dialógicamente junto con mi madre al considerarlos en su calidad de objetos sensuales, catalizadores de emociones y de memoria. En segundo lugar, discuto mi experiencia personal como un factor determinante para la elección y desarrollo de mi trabajo investigativo con soldados profesionales del Ejército colombiano. Profundizo en ciertas emociones –tales como el amor y el odio– como partes constitutivas de un trabajo de campo experiencial y de la teoría antropológica que emerge del mismo.*

Diversas posturas antropológicas contemporáneas han resaltado el valor de las emociones, reacciones y experiencias en el trabajo de campo, invitando a analizarlas con el mismo rigor intelectual que aquellas tradicionalmente observadas en la disciplina (Domínguez, 2000; Guber, 2001; Davies, 2010; Ghassan, 2010; Jackson, 2010). En ellas, además, se destacan los esfuerzos de los científicos sociales por tomarse el trabajo de campo como un problema en sí mismo. Así, la subjetividad, lejos de tener un efecto corrosivo en la investigación, se considera como una parte inherente a ella que nos permite reflexionar sobre nuestras propias limitaciones como antropólogos y antro-

pólogos de carne y hueso (Guber, 2001; Davies, 2010; Hage, 2010).

Durante el trabajo de campo con soldados profesionales del Ejército colombiano –entre octubre de 2015 y febrero de 2016, en la ciudad de Bogotá– me debatía constantemente entre sentimientos de atracción y repulsión hacia dicha institución. En un principio me incliné más hacia los sentimientos de repulsión, pues simpatiqué con los discursos que consideran a los soldados como víctimas del orden bélico, lo que en consecuencia me llevó a polarizar el análisis. Fue necesario analizar la complejidad de la profesión, porque aunque existe en nuestro país una desigual distribución de los cuerpos que van a la guerra, no

- 
1. Abogada y antropóloga de la Universidad de los Andes, Bogotá, y candidata a Magister en Antropología de la misma universidad. Correos electrónicos: ma.carmona131@uniandes.edu.co o mabel1905@hotmail.com. Este artículo se elabora en el marco de la tesis de Maestría en Antropología de la Universidad de los Andes, cuyo objetivo principal es dar cuenta de las narrativas de soldados profesionales del ejército colombiano en torno a las emociones asociadas a la guerra. Proyecto en proceso. El trabajo de campo se llevó a cabo durante el periodo de octubre de 2015 a febrero de 2016. Es importante resaltar que este se realizó en el marco de la investigación *Vida cotidiana entre militares: vivencias dentro y fuera del cuartel*, liderada por la antropóloga Ana María Forero Ángel.

se puede desconocer que sigue siendo una profesión atractiva para muchos jóvenes y familias colombianas. Además, considero que el amor y el odio son una mínima parte de la complejidad y los distintos estados emocionales que suscita este tema de investigación y aquellos que fueron experimentados a lo largo del trabajo de campo.

Siguiendo con la postura de Hage Ghassan (2010), considero que es inevitable que nos vinculemos emocionalmente con nuestro tema de investigación. En mi caso, siento que mi experiencia como hija de dos oficiales de la Policía influyó en la elección de mi tema de investigación y en su posterior desarrollo. Los traumas de mi niñez en cuanto a las circunstancias de la muerte de mi padre y las experiencias de mi madre en el ejercicio de su profesión, me llevaban a odiar este tipo de instituciones. El distanciamiento crítico que debí tomar fue en sí mismo un esfuerzo emocional y un proceso de autoanálisis.

Mi argumento sobre los temas aludidos –fuertemente imbuido de formas reflexivas en antropología– se divide en dos secciones. En la primera de ellas, presento brevemente mi experiencia personal como hija de dos oficiales de la Policía Nacional y expongo algunas fotografías de mis álbumes familiares como materiales centrales en mi aproximación etnográfica para despertar diálogos sostenidos con mi madre sobre dichos archivos domésticos. En la segunda sección, exploro como el asesinato de mi padre en circunstancias poco claras, enmarca mi recorrido emocional a lo largo del trabajo de campo y cómo esta dimensión ha influenciado mi análisis en el trabajo investigativo con soldados profesionales.

## Viviendo y Sintiendo la Policía

Mi padre, oriundo de Tâmesis, Departamento de Antioquia –descrito en palabras de mi madre como un paisa buena gente, verraco, alto, buen mozo y mujeriego– fue asesinado en el año de 1993, a sus 29 años de edad. De acuerdo al discurso institucional de la Policía, el motivo de su muerte fue catalogado como un “acto del servicio”. Para ese momento, mi padre ostentaba el cargo de Capitán de la Policía Nacional y se desempeñaba como Comandante de Miraflores, Departamento de Boyacá. Aun conservo un pequeño recorte de periódico de origen desconocido en el que se resume con algunos errores e imprecisiones su asesinato.



Mi padre no tenía 39 años y tampoco era oriundo de Bogotá. Mi madre, Cielo Lozano, me cuenta que en horas de la mañana, mi padre se encontraba trabajando acompañado por algunos de sus subalternos, cuando en un momento se detuvieron a realizarle una requisa a un grupo de hombres, previamente denunciados por la comunidad por estar

disparando al aire. El resultado de este encuentro fue un cruce de disparos en donde mi padre fue herido con tres impactos de bala —uno en el hombro, otro cercano al corazón y el último en el pie— y los agresores fueron asesinados.

Como se menciona en el recorte, mi padre fue trasladado inmediatamente al hospital. No obstante, este no contaba con los servicios médicos necesarios para atenderlo.<sup>2</sup> Mi padre murió desangrado al cabo de siete horas de espera por el helicóptero que lo llevaría al hospital en Bogotá. Siete eternas horas en las que mi madre y yo lo acompañamos, ella con el dolor y la impotencia que causa ver a un ser querido sangrando por tres orificios, y yo, con la inocencia propia de una niña de dos años.

Frente a este evento, nunca nos interesó indagar sobre los agresores y su pertenencia a grupos guerrilleros. Era información irrelevante para nosotras, entre otras cosas, porque habían muerto en el mismo instante. Nuestro resentimiento, ira y dolor se dirigió a esa gran imagen del Estado, en la que se incluye a la Policía como parte de él, que tenía el deber de garantizarle a mi padre el acceso a una atención en salud pronta y oportuna. Mi padre no murió por los impactos de bala sino por las siete horas que estuvo resistiendo sin ningún tipo de atención médica. Así, esta pieza representa para nosotras la fragilidad de la vida, la cercanía con la muerte y lo azaroso que es el destino: todo nos cambió en un día. Al mismo tiempo nos recuerda lo insignificante que es una vida en un país como Colombia, pues el helicóptero no llegó a tiempo y a nadie le importó. Así

como tampoco les importó no tener cobertura de salud en ese pueblo. Además, al día siguiente, y tal como lo evidencia la pieza de prensa, mi padre ya tenía un reemplazo. Como dirían los soldados, *el que se va no hace falta y el que llega no estorba*.

Dada mi corta edad, dos años, los álbumes familiares fueron un excelente recurso para aproximarme al recuerdo de mi padre. Con estas fotografías mi madre respondería a mi pregunta de quién era él, señalaba una de ellas y me decía: “mira, este es tu papá”. Hasta hace poco noté que en la mayoría de las imágenes portaba su uniforme, inclusive en los eventos familiares. A continuación expongo algunas de ellas, todas escogidas por mí con la finalidad de ilustrar el contenido de este archivo doméstico y las preguntas que me despertan.

¿En qué momento se deja de ser policía?, me preguntaba luego de ver las fotografías. Es precisamente eso lo que evidencian las imágenes, el continuo entre “la vida civil” y “la vida policial”. No obstante y desde mi punto de vista, esta última influye en lo que se considera el “curso normal” de “la vida civil”, pues la excesiva dedicación horaria requerida por la institución restringe el tiempo compartido con los seres queridos y familiares. Un policía debe estar disponible básicamente en todo momento, dada la naturaleza de su misión: “el mantenimiento de las condiciones necesarias para el ejercicio de los derechos y libertades públicas, y asegurar que los habitantes de Colombia convivan en paz” (Art. 219, Constitución Política de 1991).

2. En este hospital sólo había un médico rural y no contaban con bancos de sangre tipo O negativo para realizar la transfusión sanguínea necesaria.



Bautizo, 1992. Álbum familiar de la autora. Halloween, 1991. Álbum familiar de la autora.

El 25 de enero de ese mismo año, mi madre ingresa a la Escuela de Cadetes Policía General Santander, la escuela de formación de los futuros oficiales de la Policía, ubicada en la capital del país. En este lugar permanecería internada durante los siguientes

tres años, lejos de mí y cerca de la disciplina policial. Este fue un momento de los más difíciles en su vida, y se encuentra ampliamente fotografiado como ningún otro a lo largo de su trayectoria laboral. No obstante, hoy en día se muestra renuente a volver a mirar estas fotografías porque prefiere ni recordar todos estos eventos desafortunados.

Con estas fotografías, y tal como lo hacía con las de mi padre, mi madre me explicaba que había hecho todos esos tres años lejos de mí. Con ellas justificaba su ausencia y me decía que lo hacía para construir un mejor futuro para las dos.

*Mi madre dice al momento de escogerla: esta imagen fue del día que ingresé a la Escuela, recuerdo que cada vez que veía un Policía me daban ganas de llorar, ¡horrible!. Nadie se imaginó el dolor que llevaba por dentro.*

Esta foto la seleccioné porque me recuerda cuando veía a mi madre trotando y cantando por las calles del Espinal. Pueblo en el que vivía junto con mi abuela, y al que mi mamá viajó para



Ingreso a la Escuela de Policía, 25 de enero de 1994. Álbum familiar de la autora.





Una madre guerrera, Escuela de Granaderos Gabriel González ubicada en el Espinal, Tolima (1996). Álbum familiar de la autora.

hacer su curso de granaderos. Recuerdo que la saludaba a gritos y me sentía muy orgullosa porque siempre estaba en la primera fila.



Graduación (1997). Álbum familiar de la autora.

La felicidad de haber culminado esta difícil etapa (Seleccionada por las dos). Para mi madre representa la terminación de una dura prueba en su vida, para mí el comienzo de una nueva etapa unidas.

Estas fotografías me despiertan poderosos estados emocionales que, generalmente, desembocan en el llanto. La muerte de mi padre ha sido un hecho muy importante en mi vida y con es-

tas fotografías no sólo lo recuerdo sino que siento su ausencia. Quisiera que estuviera aquí, que no nos hubiera abandonado. Las fotografías de mi madre, por su parte, me recuerdan sus incansables esfuerzos por salir adelante. A través de ellas siento su valentía y su coraje, lo que me llena de orgullo y gratitud.

Desde pequeña asocié la ausencia de mis padres con la Policía. La visualicé como un demonio que me los arrebató, por lo que sentía repulsión, resentimiento y odio hacia esta institución. Aunque estos sentimientos se fueron modificando con el paso del tiempo, la repulsión subsistió. Especialmente, tras ver a mi madre sometida a altos niveles de estrés causados por un ambiente laboral hostil y machista que cada vez le exige más y más operatividad de su parte con la misma cantidad de personal. Para mí, la Policía es una institución que absorbe vidas al punto que niega tiempo libre y espacios compartidos con los seres queridos.

Y son sentimientos contradictorios y encontrados los que siento, porque nadie obligó a mi madre a ingresar y a permanecer en esta institución, mientras que ella, en cambio, se siente orgullosa de ser miembro de la Policía Nacional y agradecida por todas las oportunidades que esta nos ha brindado. *Tienes que ser agradecida en la vida, ¿imagínate qué hubiera sido de nosotras si no ingreso a la Policía?*, me dice mi madre. Y es cierto, este tipo de profesiones ofrecen una estabilidad laboral y económica como pocas en Colombia. Además, ofrece diferentes servicios, desde médicos, educativos y de vivienda hasta po-

sibilidades de ahorro y facilidades en la solitud de préstamos.

Con este panorama siento que he presenciado en carne propia la difícil tarea de ser policía, las largas jornadas de trabajo y el estrés laboral que impregna el ambiente familiar. Estas experiencias han sido determinantes en mi mirada hacia este tipo de instituciones.

### **En campo**

En el año 2014, me cuestioné sobre la posibilidad de empezar a investigar sobre las Fuerzas Armadas en Colombia. Era la primera vez que escuchaba acercamientos antropológicos sobre el tema, y mientras lo hacía, las anécdotas de Ana María Forero, mi tutora, con el Ejército Nacional y la relación que establecía con su pasado familiar, me llevaban a pensar que mi experiencia personal también podría ser de utilidad en ese tipo de investigaciones. Así, hacer una investigación sostenida sobre la policía nacional representaba para mí la oportunidad de indagar sobre mi pasado familiar, acercarme a él desde la mirada de la antropología y hacer visibles las tensiones que acarrea esta profesión. Tuve claro desde el principio que quería aproximarme al estudio de la Policía Nacional de Colombia desde las experiencias y vivencias de sus miembros, en especial las de las mujeres.

En sus inicios, con mi proyecto de tesis de maestría deseaba analizar las narrativas de las mujeres oficiales en el interior de la Policía Nacional de Colombia. Partiendo de las enormes desigualdades entre hombres y mujeres en el ámbito laboral (OIT, 2012), y del alto porcentaje de segregación ocupacional de las mujeres en actividades acordes con su rol tradicional como cuidadoras y protectoras (Guzmán Rodríguez y Dalén, 2013),

el proyecto se preguntaba por el papel de las mujeres en instituciones históricamente desarrolladas y dominadas por los hombres.

Durante la elaboración del marco teórico encontré diversos estudios que afirmaban que en este tipo de escenarios se obliga a las mujeres a negociar su identidad de género con la franja hegemónica del trabajo policial (Martín, 1980; Raabe-Hemp, 2009; Sasson-Levy, 2003), y en algunos casos a asumir las funciones tradicionalmente asignadas de acuerdo a su rol como mujeres (Schuck, 2014). Asimismo, que ellas se enfrentan constantemente a prácticas de discriminación y de acoso (Magley, Waldo, Drasgow F, & Fitzgerald, 1999; Sasson-Levy, 2003; Levin, 2011). Todos estos hallazgos en la literatura antropológica no me resultaron extraños partiendo de los relatos de las experiencias de mi madre en sus veinte años en la policía.

Mi propósito era entrevistar a mujeres oficiales activas, por lo que aproveché para contactarlas a través de mi mamá. Lo que para mí era la puerta de entrada, terminó siendo su cerradura. Las dudas asaltaban a las entrevistadas: *¿por qué me escogiste a mí?, ¿qué quieres saber sobre la Policía?, no estoy autorizada para dar esa información*. Incluso una de ellas me manifestó que no me podía conceder la entrevista dado que era la demandante de un proceso que adelantaba contra esta institución, y, que su abogado le prohibía las manifestaciones verbales en referencia no solo al tema, sino en todo lo relativo a la institución.

Que mi mamá estuviera activa en la policía aumentaba las dudas, porque como en todo ambiente laboral existen la competencia, la desconfianza, las envidias y las jerarquías. Al respecto, mi mamá me recordaba las prohibiciones

que tienen los oficiales de mando sobre este tipo de manifestaciones, no solo por el impacto que pueda generar en la institución y por ende en sus carreras profesionales, sino porque necesitan una autorización expresa del director de la policía o en su defecto del comandante al mando. *Nadie quiere hablar de nada, aquí nos enseñan a que uno entre menos diga, mejor. Y a propósito, ¡no me vayas a meter en problemas!*, me decía. Además, las mujeres oficiales de mando cuentan con una carga laboral excesiva, lo que dificultaba lograr concretar una cita con ellas.

Dado que esta red de informantes resultaba para los propósitos de mi investigación cada vez más hermético, decidí empezar a contactar a las mujeres oficiales de la policía activas o retiradas, especialmente las primeras mujeres que fueron incorporadas en el año de 1980. En ese año ingresaron 14 mujeres, y egresaron 7 de ellas como parte de la promoción 49 de oficiales “Teniente Héctor Hernando Tinjaca Rodríguez” (Cano, 2000; Valencia Tovar, 1993). De este grupo, solo una de ellas, Luz Marina Bustos, fue nombrada en el año 2009 como la primera mujer General en Colombia.

De este grupo de siete mujeres, logré contactar a una de ellas: Gladys Guevara, primera mujer comandante de departamento y nombrada como la mujer del año por la revista *Fucsia* en el año 2004. Aunque ella aceptó ponerme en contacto con sus compañeras con las que to-

avía se hablaba, no logré entrevistar a ninguna de ellas. Reinaban las evasivas. Las denuncias sobre “la comunidad del anillo”, una supuesta red de prostitución masculina en el interior de la institución, y los escándalos en los que se vio envuelto su Director, el General Rodolfo Palomino,<sup>3</sup> como presunto creador y promotor de esta red, hicieron aún más hermética la institución y sus funcionarios y funcionarias más precavidos. Estos escándalos afectaron negativamente la imagen de la institución y provocaron la apertura de una serie de investigaciones en manos de la Procuraduría General de la Nación. Para este momento aumentaron las renunciaciones de generales y altos mandos, entre ellas la de Luz Marina Bustos, quien renunció el 16 de enero de 2016 sin mencionar razones, y la del General Palomino, obligado a presentar su renuncia tras meses de acusaciones y denuncias.<sup>4</sup> Para algunos sectores de la población este escándalo hizo parte de un complot y una campaña de desprestigio contra el General Palomino, quien llevaba dos periodos consecutivos en este cargo.

En este momento decidí cambiar de tema de investigación. Los recuerdos dolorosos que me vinculaban a esta investigación también influenciaron en la toma de la decisión.

En el marco de la investigación *Vida cotidiana entre militares: vivencias dentro y fuera del cuartel*, liderada por la Antropóloga Ana María Forero,<sup>5</sup> empecé a trabajar con el Ejército colombiano.

3. Al respecto véase <http://www.semana.com/nacion/articulo/asi-va-investigacion-a-palomino-carlos-ferro-y-comunidad-del-anillo/460914>. Y, <http://www.elcolombiano.com/colombia/cronologia-del-escandalo-de-la-comunidad-del-anillo-en-la-policia-CB3614884>

4. Al respecto véase [http://www.bbc.com/mundo/noticias/2016/02/160217\\_colombia\\_renuncia\\_jefe\\_policia\\_nacional\\_rodolfo\\_palomino\\_nc](http://www.bbc.com/mundo/noticias/2016/02/160217_colombia_renuncia_jefe_policia_nacional_rodolfo_palomino_nc)

5. Frente a esta situación, la antropóloga Ana María Forero aceptó muy amablemente que mi tesis de maestría fuera una pequeña parte la investigación que lidera, titulada “Vida cotidiana entre militares: vivencias dentro y fuera del

Empezamos a hacer trabajo de campo durante el periodo comprendido entre octubre de 2015 y febrero de 2016 en diferentes instituciones pertenecientes al Ejército Nacional.<sup>6</sup> Hicimos alrededor de 60 entrevistas individuales y 10 grupos focales entre militares de diferentes rangos, en las que indagábamos por sus vidas antes de ingresar a la institución, las causas y motivaciones por las que ingresaron, y las diferentes experiencias a lo largo del ejercicio de su profesión. Profundizábamos en las experiencias más gratas y más dolorosas.

### **De mujeres policías a soldados profesionales**

El Batallón de Sanidad Soldado José María Hernández (en adelante BASAN) es una unidad de atención médica y de rehabilitación integral para los soldados del Ejército colombiano. En él se congregan soldados provenientes de diferentes regiones del país que necesitan tratamientos a patologías con altos niveles de complejidad o que requieren de tratamientos prolongados, entre los más comunes se mencionan los tratamientos a diferentes tipos de amputaciones, los tratamientos para la leishmaniasis y para enfermedades psiquiátricas. No obstante, el batallón se encuentra dividido en cinco grandes grupos, que denominan como compañías, de acuerdo a las patologías presentadas, así: la compañía A corresponde a ortopedia, la compañía B

a medicina interna –en donde se incluyen los tratamientos psicológicos y psiquiátricos–, la compañía C corresponde a amputaciones, la D a Leishmaniasis, y la E es una compañía especial que trata ortopedia y amputación. Cada una de estas compañías cuenta con su propio equipo interdisciplinario<sup>7</sup> y responde a las necesidades específicas de cada tratamiento.

Este batallón se encuentra ubicado en el interior del Cantón Occidental del ejército en la capital del país. Una base militar que funciona como una pequeña ciudad autoabastecida conformada por diferentes tipos de instituciones, entre éstas y además de las militares, cuenta con una iglesia, una serie de edificios y casas correspondientes a viviendas fiscales, diferentes áreas sociales que denominan como *casinos*, un centro de rehabilitación, incluso, cuenta con su propio banco. Aunque el BASAN es una minúscula parte del Cantón, por sus amplias calles y zonas verdes transitan cotidianamente cuerpos mutilados, en sillas de ruedas o cojeando. Algunos de ellos sin una pierna o sin una mano, otros sin sus piernas, otros sin sus manos, o con una pierna y una mano. Mejor dicho, una amplia gama de variaciones y combinaciones. Dentro de las enfermedades menos visibles se mencionan la leishmaniasis, el cáncer, las enfermedades psiquiátricas y las enfermedades con diagnóstico reservado como el VIH.

---

cuartel” y que tiene como objetivo principal avanzar en la comprensión de la imagen de mundo militar. Investigación hoy en proceso.

6. La primera fase se realizó en el Comando Estratégico de Transición (COET), comando encargado de liderar, orientar y articular los asuntos de las Fuerzas Armadas y la Policía Nacional en la transición del fin del conflicto. La segunda en el Batallón de Sanidad, y la última en la Escuela de Soldados Profesionales, escuela encargada de “formar, educar y capacitar al futuro soldado profesional del Ejército Nacional de acuerdo a lo establecido en la directiva 300-7 de 2013 con el fin de incrementar la capacidad de combate en las unidades, recalcando siempre el pleno respeto a los DD.HH Y DIH” (Página oficial ESPRO, 2016).
7. Compuesto por una psicóloga, una trabajadora social y un dependiente de la patología –ortopedista, médico internista, dermatólogo, entre otros–.

El BASAN alberga a más de seiscientos soldados heridos, a quienes les ofrece los servicios de alojamiento, alimentación, capacitación y ocio como parte de su tratamiento integral. Por esta razón sus instalaciones cuentan con alojamientos compartidos en los que albergan alrededor de doscientos cuarenta soldados por dormitorio; con un *rancho*, nombre con el que se denomina al comedor; y con el *casino*,<sup>8</sup> una pequeña área social en la que se reúnen algunos soldados como parte de sus rutinas cotidianas. Así, más que un centro de salud y rehabilitación, El BASAN es el hogar de muchos soldados, allí transcurre la cotidianidad de sus días.

Todos estos espacios obedecen a la arquitectura de tipo militar, pues son grandes espacios compartidos en los que los soldados conviven de manera casi permanente. En ellos se experimenta un fuerte sentido de la comunidad, pues duermen, desayunan, almuerzan y cenan juntos; y en ocasiones, reciben las mismas capacitaciones y hasta el mismo tratamiento de rehabilitación. En contraste con los espacios asignados al personal activo, en éstos no se observan las estrictas exigencias de pulcritud y orden de la vida militar. En ellos es común encontrar camas desordenadas, ropa tendida y regada por todas partes, y verlos congregados viendo televisión, jugando cartas o simplemente hablando entre ellos.

En este escenario sobresalen las palabras *héroes* o *héroes caídos* como los calificativos con los que se designan a los soldados heridos y asesinados en combate. Estas palabras se reiteran en escenarios cotidianos a través de pancartas, monumentos y conmovedores discursos. También a través de los diferentes eventos que realizan en esta institución, dentro los que se incluyen las visitas de comediantes, actores, actrices, y reinas de belleza. Con las palabras *héroes* o *héroes caídos en combate* se han realizado diferentes campañas publicitarias y eventos a nivel nacional, incluso, cada año salen a marchar en el gran desfile del 20 de julio, día de la independencia de Colombia.

Una de las campañas publicitarias más famosas del ejército es la campaña audiovisual *los héroes en Colombia sí existen*, en donde se exalta la labor de los soldados colombianos con conmovedoras escenas y emotivos mensajes.<sup>9</sup> Entre estos últimos se afirma, por ejemplo, *aunque no lo conozco, estoy dispuesto a dar la vida por usted*.<sup>10</sup> Con videos de esta campaña nos recibieron el primer día en el BASAN, los cuales relataban las trágicas historias de soldados que habían logrado salir adelante tras sus heridas en combate y que concluían con la siguiente afirmación: *un héroe es antes, durante y después*.<sup>11</sup>

Mi experiencia en el BASAN fue una de las más impactantes a lo largo del tra-

8. Pequeña área social compuesta por una tienda y un par de juegos de mesa.

9. Véase <<https://www.youtube.com/watch?v=8tXoFZIEb9s>>

10. Esta campaña fue premiada por la agencia norteamericana de publicidad McCann Erickson, al considerar que “el gran éxito de la campaña radica en que se fundamenta en la realidad de los uniformados, en el reflejo de sus acciones, el sentir de un soldado, en la importancia que tiene la Institución para la protección de la soberanía nacional; y la comunicación se muestra de una forma emotiva y cercana lo cual complementa esta realidad” Véase <<https://www.ejercito.mil.co/?idcategoria=236153>> y <<https://www.youtube.com/watch?v=yqiDm4FK8Fw>>

11. Véase <<https://www.youtube.com/watch?v=mqev-E7Nqow>> y <<https://www.youtube.com/watch?v=la8slB6hoOl&nohtml5=False>>

bajo de campo. Era la primera vez que veía de manera masiva y congregadas en un sólo lugar las caras materiales y los costos de la guerra en los cuerpos humanos. Además de las secuelas físicas, en sus desgarradores relatos se referían frecuentemente a sus secuelas psicológicas y emocionales –que en algunas ocasiones se manifestaban a manera de sueños, *psicosis*, recuerdos repentinos e incluso comportamientos violentos en el hogar– y al impacto en sus vidas familiares, pues *un militar no ve morir a sus padres ni ve nacer a sus hijos*.

Me enfrenté con rostros acabados y ajados de hombres que, pese a su corta edad (20-22 años), mostraban unos treinta años. Hombres que empezaron a combatir dos o tres años atrás, que cuentan hasta con dos o tres tratamientos de leishmaniasis y con lesiones y cicatrices en diferentes partes de su cuerpo. En este escenario empecé a simpatizar con la postura que reduce a los soldados a la de víctimas del orden bélico. Sentí repulsión por el ejército y por la forma en que se instrumentalizan y se comercializan vidas humanas como si fueran máquinas o armas. Además, guardadas las proporciones, me sentía identificada con las experiencias de sus hijos e hijas, quienes ven a su padre tan solo una o dos veces al año mientras ellos se encuentran en las áreas de combate. Esta primera impresión me llevó a polarizar mi postura analítica sobre el tema, y me centré en las dificultades, lo complejo, horroroso y desgastante que es presenciar y asistir a la guerra. Empecé a odiar al ejército.

En su artículo *Hating Israel in the field: On ethnography and political emotions*, Ghassan Hage (2010) relata una situación similar. En él afirma que a lo largo de su investigación sobre “las emocio-

nes políticas” en el conflicto árabe-israelí empezó a sentir odio por Israel. Especialmente tras el bombardeo que realizó en el Líbano y que arrasó con una de las villas en las que previamente había realizado trabajo de campo. Con esta historia, Hage afirma que se enfrentó a una ambivalencia entre la dimensión emocional de la observación participante y el distanciamiento crítico que exige la disciplina antropológica (2010, p. 152). Ambivalencia que denominó como “vacilación etnográfica” (2010, p. 152). Con este término resaltó que la constante negociación entre lo emocional y lo analítico es inherente al trabajo investigativo, y que el distanciamiento crítico es en sí mismo un esfuerzo emocional (2010, p. 152).

Mi preocupación se centró, entonces, en la forma en cómo iba a representar los resultados obtenidos, y en última instancia a los propios soldados. Así, y en un esfuerzo por tomar un distanciamiento crítico, retomé el objetivo de mi investigación: hacer un ejercicio de desfeticización de esa gran imagen que conocemos como Ejército, a través de las vivencias y experiencias de sus miembros (Taussig, 1995; Aretxaga, 2003). Era necesario entonces descomponer las distintas formas cotidianas en que los soldados heridos le dan sentido a sus vidas y (re)construyen el orden social. Postura que implicaba necesariamente reconocer su capacidad de acción política, pues como ellos mismos lo decían *nadie lo obliga a uno a estar aquí*.

Como alternativa de representación seguí la propuesta planteada por Kenneth Thomas McLeish (2010) en su etnografía realizada en Fort Hood –la infraestructura militar más grande de los Estados Unidos–, en la que afirmaba que



más allá de dar cuenta de una talla ordenada de un conjunto existente de objetos de la guerra y su día a día, es un esfuerzo por ensamblar ese objeto a través de las anécdotas, ejemplos y excepciones (2010, p. 25). De esta manera en mi investigación, aun en proceso, busco dar cuenta de las especificidades afectivas y su constante ambivalencia y contradicción, incluye las propias producidas durante el trabajo de campo.

Recordé, entonces, que el amor y el odio fueron tan solo una mínima parte del abanico emocional que se produjo en el encuentro etnográfico. Pues a lo largo de las diferentes entrevistas y grupos focales no sólo hablábamos de experiencias de guerra y violencia, también hablábamos de la vida, de sus seres queridos, de sus expectativas a futuro, y sobre todo nos reíamos a carcajadas con sus relatos y experiencias. Aunque es claro que es una profesión difícil, no se reduce a esta dificultad. El humor, el orgullo, el agradecimiento y la solidaridad hacen parte inherente de la profesión.

Recuerdo especialmente las “perradas”, palabra con la que se refieren a las estrategias que utilizaban para cumplir con las exigencias de la formación militar en la Escuela. Con ellas nos sorprendimos por el ingenio y la creatividad desplegada por los reclutas. John, un soldado de 24 años, cuenta sobre su paso por la Escuela de formación:

(...)Yo me acuerdo que yo le aprendí a un paisa eso, un curso mío cuando presté servicio, Ospina Marín, ese marica siempre llegaba de primero, hey, ¿sí me entiende? Yo decía “ay, ¿pero cómo hace este man para comer rápido?”. Y no, el marica siempre cargaba una bolsa y \*tun\* la metía. Y uno comía un poquito y miraba que todos se iban, pues le tocaba botar la comida e

irse. Y el paisa siempre era muy grandulón allá parado, y me decía Toli. No, yo todo bajito, me decía “quiubo Toli”. Y yo, ¿y este güevón cómo es que come tan rápido?. Y bueno, nos íbamos ya. Se acababa y uno lo miraba ahí metiendo la mano y decía “no, mijo yo si no voy a ...”, (risas) ese era mero gato. Y yo después ya, yo le aprendí a el. Yo no me daba látigo. Empecé a cargar mi bolsa y me iba por allá pero, porque es que uno de recluta si es sueño, hambre...

También recuerdo las bromas hacia Milton, un soldado de 33 años proveniente de una zona rural en el Departamento de Cundinamarca, porque su esposa lo había dejado por un ganadero. Bromas en las que el mismo participaba y se burlaba con cinismo e ironía.

Milton: yo tengo una vida de doce años que fruto de una amistad. Pero mira que fue una amistad, bueno, yo viví con la mamá de la niña pero después de yo llevar casi tres años en el Ejército me dijo: “no, no me lo aguanto más”, en el sentido de que yo me iba seis u ocho meses y muchas veces no podía llamar, no podía ni una carta, nada. Entonces me dijo “no chino, yo no me lo aguanto toda la vida así”. Kevin: La atendía más el policía.

Milton: No era policía, era un ganadero de por allá de Santander.

Todos: (muchas risas).

Dado que se ausentan de sus seres queridos por largos periodos de tiempo, las bromas sobre infidelidades son muy comunes. Milton afirma que en el área el que no tiene novia siempre le mete la cizaña al que la tiene, o terminan “mamándose gallo” ellos mismos,

*ya dice uno: ve, ¿quién estará ocupando el lado de mi cama?” (risas) ...encuentra uno las chanclas más desgastadas... como dice uno, la cama como más hundida. Comienza uno a mamar gallo, aunque hay persona que no aguantan eso, no aguantan...*

El humor o la “mamadera de gallo”, como la llaman, es fundamental entre los soldados. Muchos de ellos afirman que no sólo es una forma de divertirse sino de evitar malos pensamientos.

Dentro de esta “mamadera de gallo”, los apodos juegan un papel fundamental. Por ejemplo, a John lo llamaban “toli” por ser bajito, y a Kevin lo llamaban “pekinés” por tener la mordida abierta. También nos encontramos con un grupo de soldados amputados que con ironía se autodenominaban como “mochos” o que se hacían chistes como “ah, te van a mochar la pierna”.

Al igual que el humor, Dios y la religiosidad juegan un papel fundamental. Dios ha sido su principal protector en el campo de batalla, gracias a él se encuentran hoy en día contando sus historias. En sus términos, Dios les ha permitido salir adelante de todas las dificultades, es la luz de esperanza, el motor y el medio para sanar sus heridas y para perdonarlas. Es común que los soldados finalicen sus oraciones con un “gracias a Dios” o que se despidan con un “que Dios te bendiga”. Gozan de igual importancia los seres queridos, especialmente con sus hijos e hijas, ellos son el motor de su lucha, son la alegría de vivir y la razón por la que vale la pena seguir viviendo.

Por otro lado, frente al ejército se mencionaban críticas y descontentos, y al mismo tiempo palabras de orgullo y agradecimiento por todo lo que les ha dado. Es una institución que les ha permitido tener un trabajo estable, tener una vivienda, y poder ofrecerles a sus hijos e hijas lo que ellos nunca pudieron tener. Una institución que representó un mejor futuro para ellos y una opción para salir adelante.

En algunos casos, el ejército representó la posibilidad para encausar su rumbo

en el marco de la legalidad, pues provenían de contextos de violencia en donde las actividades delictivas hacían parte de su cotidianidad. Tomaré como ejemplo el caso de Wilson, un soldado profesional de 38 años de edad proveniente del Departamento de Risaralda, quien inició su carrera delictiva a sus doce años cuando fue reclutado por miembros de grandes carteles del narcotráfico para hacer diferentes “trabajitos” relacionados con el sicariato y el tráfico de estupefacientes. Es importante mencionar que esta historia en ningún sentido busca ser representativa de la institución.

Wilson nació en La Virginia en el Departamento de Risaralda, una zona con fuerte presencia de grandes carteles del narcotráfico dada su estratégica ubicación geográfica en las orillas de los ríos Cauca y Risaralda, y su cercanía con ciudades importantes del país como Pereira y Cartago. En esta zona era “normal” el reclutamiento de menores, al punto que llegaron a considerarse como los mejores sicarios de la época. Al respecto, Wilson afirma:

(...) allá era normal, los mejores sicarios que sacaban en esa época eran pelados de catorce, quince, dieciseis años, que venían otros grupos de otra parte y le decía a usted: “bueno, tiene esto, esto y esto, ¿le interesa trabajar en esto?” y le ponía un trabajo ya grande y depende el respeto que usted tuviera, usted lo hacía, y si lo hacía mal pues a usted lo mataban, no sirve, es desechable. (...) ¿que hacían para iniciar un muchacho? “usted quiere trabajar con nosotros”, “sí”, “¿quiere demostrar guevas?”, “sí”, “listo”. Un loco que estuviera en la calle, un borracho, una persona que no tuviera nada que ver, usted iba en el carro, le decían bueno eso es suyo. En esa época empezaron las famosas limpiezas entonces a usted le daban el arma y todo eso, había droga, habían unos que empezaban a



trabajar con droga, otras con licor, decían que por los nervios y simplemente iba y se hacía el trabajo. Eso era el trabajo, entonces usted ya ganaba respeto.

Tras una larga carrera delictiva por la que había estado en dos ocasiones en correccionales de menores, Wilson decide cambiar su rumbo, en parte por el temor a las condenas de tipo penal que se aplican a las personas mayores de edad. Para ese momento, el ejército representó esa posibilidad de “rehabilitación” y de seguir trabajando con algo que le apasionaba desde pequeño: las armas. Además, le ofrecía la estabilidad económica y laboral que necesitaba para seguir velando por su madre y por los gastos del hogar. En palabras de Wilson,

*Cuando inicié, la casa, la casa, todo era para la casa. Mi mamá... salió de trabajar, salió todo eso y entonces ayudando para la casa, eso fue uno de los principales, y casi todos los que entran, entran con esa parte.*

Más allá de juzgarla como buena o mala, la historia de Wilson nos permiten enmarcar la discusión en los contextos de violencia que durante décadas han afectado al país. Pues tal como lo señala Elsa Blair, en un contexto como el nuestro “la militarización de la sociedad se ha venido dando, no sólo como efecto de la acción de las fuerzas regulares del Estado sino también gracias al concurso de múltiples actores civiles” (Blair, 1999:146). En esta historia se refleja la compleja articulación entre contextos militarizados y de violencia, y la forma en cómo termina siendo una labor atractiva para muchos jóvenes colombianos.

Por sus mismos contextos de proveniencia, muchos soldados afirman estar orgullosos de su labor y su pertenencia al “glorioso Ejército colombiano”. Pues,

en sus términos, ellos son los encargados de sembrar la paz y la seguridad en nuestro país y asimismo sienten que la población, en especial la de las zonas rurales, les agradece. Luis, un soldado de 33 años amputado de su pierna derecha a causa de una mina antipersonal, afirma:

(...) Yo me siento orgulloso porque dimos algo de nosotros y fue por algo, si como dice mi compañero, si hay paz es bonito porque al menos aportamos algo para la paz, si no hay pues... pues seguir igual. Nosotros fuimos peleamos y estuvimos ahí, tenemos esa... y es bonito, es tan bonito ver por ejemplo que llega uno a otra parte y la gente civil, “ah usted es un héroe verdad por tal cosa”, lástima que tenemos una... un gobierno que de pronto lo ve de otra forma pero bueno, pero sí la gente tiene hartito afecto hacia nosotros.

Como se mencionó al inicio de este acápite, la palabra *héroe* juega un papel fundamental en la representación de lo que significa ser un soldado y un soldado herido. Aunque es una categoría que se pone en duda y en algunos casos se afirma que facilita prácticas de corrupción –pues en nombre de los héroes se dan muchas donaciones que no siempre se ven reflejadas–, es un categoría que los hace sentirse orgullosos. Sienten que la sociedad civil reconoce y agradece la labor ejercida. A continuación expongo una conversación entre los soldados sobre una caravana en agradecimiento a los héroes caídos en combate realizada en la ciudad de Bogotá.

**Luis:** y es también ver esa gratitud de la gente digamos de la gente... de ver de que usted lo que hizo, hay mucha gente que lo está valorando y le dicen a usted... y donde usted llega al ejército lo quieren mucho... donde sea... entonces también esa gratitud.

**Alex:** el año pasado, cuando nos monta-

mos en esos carros... oiga si me llenó a mí de orgullo... cuando nos montamos en los carros cuando hicieron el desfile de las motos... yo me parecía a una reina de belleza (risas)... sí, se siente uno... ahí es donde ve uno ese cariño y esa gratitud del pueblo...

**Mauricio:** porque uno en la calle uno que –hola o algo, no... pero ese día uno, la gente...

**Alex:** nos montaron en las motos, yo tengo hasta fotos.

**Julián (investigador):** ¿cómo se llama eso?

**Mauricio:** eso lo hizo Herbin Hoyos, el de las voces del secuestro.

**Alex:** del secuestro.

**Mauricio:** entonces una caravana hizo de todos los militares para ver el agradecimiento que el pueblo colombiano les tenía a ellos.

**Luis:** gente de todo el país.

**Julián (investigador):** ¿y fue aquí en Bogotá?

**Todos:** sí, claro.

**Mauricio:** más de seis mil motos.

**Alex:** más de seis mil motos y eso fue una belleza.

**Mabel (investigadora):** ¿y la gente salía y los saludaba?

**Alex:** no, y como yo iba en un... en el Hummer montado ahí adelante, esos picos pa' allá.

**RISAS**

**Alex:** no, eso es muy lindo, uno se siente....

**Mauricio:** eso es un orgullo.

**Alex:** eso es un orgullo, la gente lo aplaudía a uno.

**Mauricio:** la gente lo aplaudía a uno. Ahí fue donde entendí que es un orgullo y no me arrepiento de ser lo que soy.

**Alex:** las señoras se paraban por ahí en las calles y lloraban. Y eso era así, y sacaban banderas.

**John:** la gente desde los edificios lo saludaban desde arriba con banderas.

**Luis:** y ahora nosotros vamos a colegio, y los niños, que una foto...autógrafos un niño, o sea, eso es... uff.

**Alex:** lo más lindo es eso. Fueron estas foticos, vea. y yo iba en un carro de esos, eso

iba en caravana.

**Luis:** más de seis mil motos.

**Mabel (investigadora):** ¿qué decía la camiseta? ¿soy soldado qué?

**Alex:** soy soldado herido, honor a nuestros héroes. Eso no le digo, que yo iba en el carro y parecía ahhh. RISAS. Los que íbamos ahí en el carro, eso...

Con estos relatos presento brevemente algunos de los elementos del mundo social a través de los cuales los soldados heridos le dan sentido a sus vidas. Muchos de ellos ambivalentes y contradictorios. Frente a la forma en como esta investigación me involucra de manera emocional, quiero resaltar el concepto de Ghassan Hage: “vacilación etnográfica”, pues es útil para comprender, la forma en como el investigador(a) está inmerso en distintas realidades que coexisten con sus propias contradicciones. Y más que pretender conciliar estas tensiones y contradicciones, se trata de hacer evidente nuestras limitaciones como investigadores de carne y hueso. Tal como lo afirma Renato Rosaldo, como sujetos posicionados estamos preparados para conocer ciertas cosas y no otras, y en este sentido, nuestras investigaciones dan cuenta de múltiples procesos, incluso personales, ninguno de los cuales excluye a los demás (Rosaldo, 2000: 29).

## Bibliografía

- Aretxaga, B.  
(2003). Maddening States. *Annual Review of Anthropology*, 32, 393- 410.
- Cano Castaño, H.  
(2000). La mujer en la Policía Nacional. En: P. N. Colombia, *Historia de la Policía Nacional*. Bogotá: Policía Nacional de Colombia.
- Davies, J.  
(2010). Introduction: Emotions in the field. En: *Emotions in the field: Psychology and An-*

- thropology on fieldwork experience* (1-34). California: Stanford University Press.
- Domínguez, V.  
(2000). For a politics of love and rescue. *Cultural Anthropology*, 15 (3), 361-392.
- Guber, R.  
(2001). *La etnografía: método, campo y reflexividad*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Guzmán Rodríguez, D., y Dalén, A.  
(2013). *Entre estereotipos. Trayectorias laborales de mujeres y hombres en Colombia*. Bogotá: Dejusticia.
- Hage, G.  
(2010). Hating Israel in the field: On Ethnography and Political Emotions. En: *Emotions in the field: Psychology and Anthropology on fieldwork experience*. California: Stanford University Press, pp. 129-154.
- Jackson, J. L.  
(2010). On Ethnographic sincerity. *Current Anthropology*, 51, 279-287.
- Levin, D.  
(2011). "You're always first a girl": Emerging Adult Women, Gender and Sexuality in the Israel Army. *Journal of Adolescent Research*, 26, 3-29.
- Lutz, C.  
(2006), Empire is in the details. *American Ethnologist*, 33, 593-611.
- Magley, V., Waldo, C., Drasgow F, y Fitzgerald, L.  
(1999). The impact of sexual harassment on military personnel: Is the same for men and women? *Military Psychology*, 11, 283-302.
- Martin, S.  
(1990). *Breaking and entering: Police women on patrol*. Berkeley, CA: University of California Press.
- MacLeish, K.  
(2010). *"What Makes the War": Everyday Life in a Military Community*. University of Texas, Austin.
- Rabe-Hemp, C.  
(2009). POLICEwomen or PoliceWOMAN? Doing Gender and Police Work. *Feminist Criminology*, 4, 114-129.
- Rosaldo, R.  
(2000). Introducción. La aflicción y la ira de un cazador de cabezas. En Rosaldo, *Cultura y Verdad. La reconstrucción del análisis social*. Quito, Abya-Yala. 23- 43.
- Sasson-Levy, O.  
(2003). Contradictory consequences of mandatory conscription: the case of women secretaries in the Israeli military. *Gender & Society*, 481-507.
- Sasson-Levy, O.  
(2003). Feminism and Military Gender Practices: Israeli Women Soldiers in "Masculine" roles. *Sociological Inquiry*, 73, 440-465.
- Schuck, A.  
(2014). Gender Differences in Policing: Testing Hypotheses From the Performance and Disruption Perspective. *Feminist Criminology*, 9, 160-185.
- Taussig, M.  
(1995). "Maleficium: El fetichismo del Estado". En: *Un Gigante en Convulsiones. El mundo humano como sistema nervioso en emergencia permanente*. Barcelona: Gedisa Editores, 144-180.
- Valencia Tovar, Á.  
(1993). *Historia de las Fuerzas Militares de Colombia*. Bogotá: Planeta.
- West, C., y Zimmerman, D.  
(1987). Doing gender. *Gender & Society*, 1, 125-151.

**Informes**

- Organización Internacional del Trabajo (OIT).  
2012. *Tendencias Mundiales del Empleo de las Mujeres*.